

Sal y moscas

Javier Sánchez Martínez

Sal y moscas, la última exposición de Cristina Ramírez (1981, Toledo), reúne una serie de paisajes narrativos en los que la naturaleza es, al mismo tiempo, personaje y escenario. Lo que se narra en estos paisajes es la extinción sistemática de la naturaleza, su canibalismo y los procesos de descomposición y podredumbre que se extienden inexorablemente. Siguiendo la tradición pictórica romántica y surrealista los paisajes de Sal y moscas se presentan como imágenes de las corrientes inconscientes de la psique. Lo sublime, lo siniestro y lo abyecto son las tres potencias que atraviesan estos paisajes.

Realizados en tinta china sobre papel siguiendo los modelos del cómic de autor, su construcción responde al principio de la antigüedad clásica según el cual la pintura es un relato condensado en una imagen. Jardines de Marte (2011), por ejemplo, tiene como punto de partida los paisajes devastados de la novela de ciencia ficción Crónicas marcianas (1950) de Ray Bradbury. Otras obras de la exposición, como La artillería del capitán Watson (2012), toman como punto de partida descripciones de catástrofes naturales como erupciones volcánicas o tifones, conservando como título fragmentos de estos relatos. Tras la hecatombe, la presencia humana en el paisaje queda reducida a las huellas y restos de una vida precaria y elemental: cavernas, trampas y palos.

Desde el punto de vista de su estructura temporal, los paisajes de Sal y moscas establecen una tensión entre el espacio pictórico clásico y la viñeta, entre el instante crucial que resume la totalidad de la acción y el instante parcial extraído de una secuencia narrativa. Esta tensión entre los lenguajes de la pintura y el cómic caracteriza y define la obra de Cristina Ramírez. Desde siempre (A.A.) (2013) reúne en una vista panorámica imposible diferentes paisajes y relatos, como si las viñetas de un cómic se hubieran agrupado creando una única escena.

La sal y las moscas son los dos elementos bajo cuyo signo se presentan estos paisajes y relatos. De un lado, la sal, que en su estado natural aparece como una imagen en miniatura del desierto o la estepa: es el elemento mineral e inerte. El desierto, ya sea natural o secundario -- creado por la mano del hombre--, es una región que en principio no es habitable. Sin embargo, para Gilles Deleuze el desierto siempre está poblado, ya sea por insectos o estrellas. José Luis Brea escribe que el desierto es el último estadio de toda erosión, “alegoría inexcusable de todo futuro y metáfora mayor de la efimeridad y contingencia de todo el trabajo del hombre” (memento mori). En Los de fuera (2013), el desierto aparece como una

fuerza invisible en su avance arrasa paso a paso la tierra, seccionando agaves, tronchando crasuláceas, derribando árboles. De otro lado, las moscas, símbolo también de lo fugitivo y perecedero (*tempus fugit*), pero, al mismo tiempo, imágenes de la podredumbre y el contagio. Gilles Deleuze y Felix Guattari escriben en *Mil Mesetas* que “todo animal es en primer lugar una banda, una manada”. A los animales que crean manadas, poblaciones o devenires Deleuze y Guattari los llaman demoníacos. En los paisajes de *Sal y moscas*, éstas últimas se presentan siempre agrupadas en enjambres, formando nubes que atraviesan los áridos desiertos. Las moscas son, como es de sobra conocido, los animales de Belcebú.

En su libro homónimo, Enrico Castelli define lo demoníaco como “el no ser que se manifiesta como agresión pura” tras la retirada de lo divino. Los paisajes de *Sal y moscas*, que beben tanto de los infernos de Joachim Patinir o John Martin, como de los infiernos de Suehiro Maruo o Charles Burns, recuperan lo demoníaco bajo su forma secularizada, es decir, no como una categoría teológica —como en las visiones cristianas o gnósticas— sino, más bien, como una serie de fuerzas ocultas en la psique del hombre y que se llaman lo sublime, lo siniestro y lo abyecto. Lo esencial de estas tres categorías reside en su efecto desestabilizador, en la perturbación de cualquier ilusión o esperanza de una psique idéntica y unitaria. Lo sublime, lo siniestro y lo abyecto se refieren, por el contrario, a un mundo irrepresentable de pulsiones e instintos en el que gobiernan la sexualidad y la muerte.

Ilimitado e informe, lo sublime es aquello que se encuentra fuera del límite de lo imaginable, es decir, aquello que resulta irrepresentable. Según José Luis Brea, “el desierto carece de exterioridad, de límite”. En *Sal y moscas* lo sublime de los espacios desérticos se encuentra entreverado con las ideas de lo siniestro y lo abyecto. Estas dos últimas categorías se presentan en *Sal y moscas* como un cadena de asociaciones en las que el retorno de lo reprimido y los límites entre lo íntimo y lo extraño atraviesan y contagian todas y cada una de las formas y elementos. Las grietas y las fosas son dos de los accidentes geográficos más comunes en estos paisajes. La anatomía simbólica de estos accidentes equivale a la disección de un cadáver. En *Señal I* (2013) la oquedad de la que surgen enjambres de moscas es una mandorla, un ojo, un sexo. En el yermo de *Desde siempre* (A.A.), junto a las plantas calcinadas y los fósiles, se abre una cavidad en la que se retuercen vísceras o gusanos, como si la naturaleza se devorara a sí misma.

Sal y moscas es un recorrido por un mundo en ruinas. No es el mundo del hombre, sin embargo, el que se encuentra en extinción en estas obras. Los paisajes mórbidos de Cristina Ramírez describen, paradójicamente, ruinas naturales. Estas escenas de destrucción y entropía, estos desiertos, aparecen poblados por multitud de seres extraños como plantas

estériles, animales deformes o enjambres de moscas infinitos. Las escenas paisajísticas se presentan como alegorías de los procesos oscuros de la psique, de los instintos y pulsiones de vida y muerte. La sal y las moscas son los emblemas de esta lucha.

29 de Abril de 2013, Red Hook, New York